

santidad. Sirvame de baluarte contra las acechanzas de mis enemigos visibles é invisibles; sea nudo indisoluble que me encadene á ti, oh Señor mío Jesucristo.»

No me atrevo á cansaros, citando íntegras tan bellas oraciones. Parece imposible que hayan podido salir de la tosca pluma del indocto lego; pero nada más cierto: estas oraciones y aun breves tratados sobre la Trinidad, la Encarnación y otros misterios altísimos, fueron trazados por orden de su superior, y se conservan impresos después de tantos siglos. Comparémoslos con las lucubraciones de otros santos de mayor ciencia y dignidad.

El Padre Rivadeneira, y después de él otros hagiógrafos, nos han hecho familiar la figura de Ignacio de Loyola, sentado á los treinta años entre los niños que empezaban á aprender el latín, sin lograr que el idioma de Horacio pudiese penetrar en su cerebro. Nos lo presentan en la Universidad de París, ganando muchas almas, pero pocos laureles. Nos obligan á admirarlo predicando impávido en las calles de Roma, en un italiano que sólo excitaba la hilaridad de los oyentes. Pero si abrimos el libro de los ejercicios, escrito cuando el glorioso Capitán acababa de colgar su espada, ¡qué conceptos tan sublimes hallamos expresados en brevísimas frases acerca de la Eucaristía! ¿No parece esa incomparable oración: *Anima Christi sanctifica me*, que todos los días recitamos, calcada sobre las plegarias de Pascual Bailón?

Comparad ahora las palabras del humilde lego y las

del fogoso caballero con las del Sol de Aquino, y tendréis que confesar, que con sus largos años de estudio y su profunda sabiduría, no voló el angélico Tomás más alto que el fraile de Torre Hermosa ó el Capitán de Loyola, al hablar de la Eucaristía. No me refiero á los sublimes tratados de la *Summa*, en que tan hábilmente encadena la filosofía peripatética á los arcanos de la Teología. Hablo de esas oraciones que recitamos cotidianamente los sacerdotes: aludo á ese *Ritmo* que con tanta frecuencia cantamos.

“Adoro te devote, latens deitas
Quæ sub his figuris vere latitas.”

Precor ut haec sancta communio non sit mihi reatus ad poenam. Sit mihi armatura fidei et scutum bonae voluntatis. Sit vitiorum meorum evacuatio, concupiscentiae et libidinis exterminatio . . . contra insidias inimicorum omnium, tam visibilium quam invisibilium firma defensio . . .

Basta ya. ¿No os parece que estoy repitiendo en latín las mismas palabras de Pascual Bailón?

Pero á pesar de su fe, de su devoción y de sus escritos, bien escaso sería su mérito, si en el momento de la prueba hubiera desfallecido; si no hubiera sabido defender el dogma de la Eucaristía contra los herejes, ni sufrir por tan dulce misterio.

Para todo esto se le presentó la ocasión en un viaje que, desde los Pirineos hasta París, emprendió á través de la Francia para desempeñar una alta misión de sus su-

periores. Plagado ese país de Hugonotes, de Calvinistas, de Luteranos, peligroso era para un fraile presentarse sin disfraz. Más peligroso el entrar en controversias con adversarios que, cuando los argumentos no bastaban, se servían de la espada y del palo para anonadar á sus contrarios. Temeridad fuera solicitar su hospitalidad, ó mendigar siquiera un mendrugo de pan.

Todo lo arrojó Pascual Bailón. Descalzo, y con su hábito seráfico, se presentó por dondequiera. Contestó sin miedo á las sutilezas de los Calvinistas, y con tanta lógica y tal denuedo deshizo sus sofismas, que se vieron obligados á callar.

En cambio, le asestaron tal golpe al hombro izquierdo, que no pudo sanar en toda su vida: y á pesar de este continuo martirio, se lamentaba de no haber tenido vocación de mártir. No obstante su entereza, se dolía de haberse mostrado débil una vez ante los enemigos de la Eucaristía. ¿Dónde está Dios? le preguntaron capciosamente, con el intento de perseguirlo si afirmaba que se hallaba presente bajo las especies de pan y de vino. «En el cielo,» contestó Pascual, y este acto de alta prudencia fué motivo de perpetuo remordimiento. Le fué negado más de una vez el pan necesario para el sustento. Él se contentó con recibir el Pan de los fuertes, al principio y al fin de su peligroso viaje. Campaña eucarística llamé á esta peregrinación, y de campaña eucarística estoy cierto que calificaréis vosotros esta serie de luchas, de controversias, de padecimientos, de humillaciones, de victorias.

He aquí á grandes rasgos delineado el retrato del santo que nos dió el Soberano Pontífice por modelo y patrono. Ya veréis, si me prestáis aún vuestra atención, que los Congresos Eucarísticos, y en especial el que va á celebrarse, tienen urgente necesidad de su celestial patrocinio.

II

Hace poco menos de medio siglo empezaron á celebrarse los Congresos Católicos, y la piadosa Bélgica tomó la iniciativa con sus tres congresos de Malinas. Vistos al principio con desconfianza, sobre todo en países poco *parlamentarios*, se fueron, no obstante, generalizando, y en Alemania y en Suiza ha habido asambleas de católicos muy notables, y se han reunido no pocos en Francia, y en Italia han sido muy numerosos. No han faltado en Inglaterra y en los Estados Unidos de América; y España, que al principio no los veía de buen ojo, se gloria ahora de los de Zaragoza, Burgos y Santiago. Tuvo Jerusalén su Congreso Eucarístico en 1893, y en Roma misma, bajo la protección del Pontífice, se cantaron las glorias de la Virgen Inmaculada en el Congreso Mariano de 1904, y á los pocos meses resonaron las alabanzas de Jesús Sacramentado, en el Congreso Eucarístico adunado á la sombra del Vaticano. Santiago de Chile, y algunas otras comarcas de la América española, no han querido ceder la palma á las naciones que acabo de mencionar.

Empezando por los primeros de Malinas, y acabando por los últimos de Roma, me ha cabido la suerte de asistir á casi todos los principales, y puedo, con conocimiento de causa, hablaros de estas asambleas. Espectador apenas notado en unas, aplaudido frenéticamente en otras, silbado sin piedad y amenazado ruidosamente en algunas, de todas conservo grato recuerdo, y habiendo visto de cerca sus ventajas y sus deficiencias, puedo, como el que más, apreciarlas y definir las.

Personajes altísimos, eminentes dignatarios, sabios de primer orden los iniciaron siempre, los organizaron con laudable afán y deleitaron con las sonoras frases de su inagotable facundia. Sus fines eran santos, intachables sus intenciones, recto su modo de obrar; y, sin embargo, no siempre correspondieron los resultados á las esperanzas en ellos cifradas.

La composición de estos Congresos tiene que ser heterogénea, en medio de la misma unidad de principios é identidad de propósitos.

En muchos individuos hay falta de experiencia parlamentaria; en algunos (si puedo expresarme así), sobra excesiva de parlamentarismo. En tales casos, estos pocos, pero activos seglares, se han sobrepuesto á los Prelados, y ha resultado el inevitable trastorno. Así fué que los Congresos de Malinas, á que antes aludo, dieron ocasión á que se organizara la escuela católico-liberal, que tantas lágrimas hizo verter á la Iglesia.

Aunque no prevalezca el elemento seglar, el clero joven y fogoso se sienta al lado de la prudente vejez

y alta prelatura, y trata con sus superiores jerárquicos de igual á igual; de aquí nace el consiguiente engreimiento y se engendra lo que han nombrado *presbiterianismo*. Algo de esto tuvo que lamentarse en una de las asambleas de Francia, no recuerdo si eucarística ó sacerdotal. Algo parecido presencié yo mismo en Burgos; y, si no me engaño, la democracia cristiana, últimamente reprimida con mano fuerte por el reinante Pontífice, tomó mucho vuelo en alguna reunión católica de Italia. En el mencionado Congreso de Burgos, y en el que le precedió en Zaragoza, las pasiones políticas perturbaron algún tanto la paz religiosa. En Jerusalén, las santas rivalidades entre las modernas familias monásticas y el antiguo orden seráfico, algo calmaron los apostólicos bríos de que íbamos todos animados. Por último, en alguna otra asamblea, á que no asistí, parece que los intereses materiales prevalecieron sobre los divinos; y un desastre reciente vino á enseñarnos que aquí, más que en ninguna otra parte, hay que buscar primero el reino de Dios, y todo lo demás se dará por añadidura.

No bastando, pues, ni el talento, ni la elocuencia, ni el rango, ni la nobleza, ni el poder, para llevar á buen puerto naves tan peligrosamente aparejadas, se buscaron celestes patronos que se sentaran al timón. San Pascual fué concedido por el sucesor de Pedro á los congresos eucarísticos: María, la estrella de los mares, estaba en posesión de las asambleas á ella consagradas, y ha dado espléndidas pruebas de su eficaz protección.

Ninguno, entre todos los congresos, ha tenido el éxito brillantísimo, que el que en Diciembre de 1904 conmemoró en Roma el aniversario semisecular de la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción. ¡Qué preparativos tan sabios, qué dirección tan acertada, qué orden en las sesiones, qué discernimiento en los temas, qué tino en los discursos, qué paz en las reuniones, qué conjunto tan encantador!

Allí recibí para vosotros un mensaje; un mensaje para la Iglesia de Méjico, que vacilo en transmitirlo, aunque mejor ocasión no se me volverá á presentar. Vacilo, sí, porque vais á tacharme de vanidoso; pero es para vosotros y para la Iglesia Mejicana tan lisonjero, que arrostro todas las censuras, por desempeñar mi honorífica embajada.

Hablé de vuestra fe, de la fe de toda la Nueva España en la Concepción sin mancha de la Virgen María, desde la época de la Conquista; de la universalidad de la piadosa creencia, del ardor con que Academias y Colegios juraban defenderla. Llegué al momento en que Pío IX anunció su próxima definición, y pinté el asombro de los mejicanos (hablaba por propia experiencia) al saber que aún no era dogma de fe la dulce creencia que desde pequeñuelos habían profesado con todo el corazón. Dios, sin duda, puso en mis labios tan oportunas palabras. Así me apostrofó el Presidente al terminar el Congreso:

«Permitidme que os dirija una palabra especial. Dijisteis, con una frase que todos os hemos envidiado, que

cuando se elevó altísima en el firmamento católico la definición de la Inmaculada, vuestros pueblos sorprendidos prorrumpieron en esta exclamación: ¡Cómo! ¿No era dogma lo que siempre creímos? Decid á vuestros pueblos que hemos aplaudido vuestras palabras, y que las hemos aplaudido con un entusiasmo vivísimo. No era posible obrar de otra manera. Recuerda San Jerónimo que hubo un día en que el mundo entero gimió *ingemit*, al sentirse punto menos que *arriano*. ¿Con ese gemido de nuestros hermanos de una época remota, no era justo que formasen contraste nuestros aplausos, dirigidos á otros hermanos que (si me es lícito forjar una nueva expresión) se sintieron por anticipación plenamente creyentes?»

He cumplido con la misión que me confiara el Congreso Mariano de Roma, y no dudo que me perdonaréis la inocente vanagloria que pueda animarme al transmitir os un mensaje que tanto os honra. Si la protección de María hizo de ese Congreso el más célebre de cuantos se han adunado, yo confío que el patrocinio de Pascual Bailón obtendrá para esta Asamblea Eucarística un éxito no inferior.

Profesó el Santo, como hemos visto, una devoción tiernísima al Misterio de la Eucaristía. Esta devoción es universal entre nosotros, y no dudo que él obtendrá del Todopoderoso que la conserve y aumente nuestro sacerdocio y nuestro pueblo. No pocas veces hizo retroceder las enfermedades, y aun revivir por un momento á los muertos, para que pudieran recibir sus

devotos el Viático celeste. No pedimos milagros, sino únicamente los medios naturales, para que nuestros infelices campesinos puedan alimentarse con el Pan de los fuertes antes de la última jornada, como hacen los afortunados habitantes de las ciudades.

A la devoción unía Pascual, aunque rudo, un conocimiento profundo de los arcanos de la última Cena. Él nos lo alcance del Divino Espíritu, y nos revele los secretos celestiales.

Él supo defender tan dulce creencia contra los herejes y sufrir persecución por la Eucaristía. ¡Oh, cuánto necesitamos de esta fortaleza y santísima audacia! El hábito de padecer nos ha quitado los bríos; y aunque adoramos al Santísimo Sacramento, ya no sabemos defender sus derechos, y vemos sin indignación los nuevos ultrajes con que lo asalta el enemigo de las almas. Sácanos de nuestra indiferencia, insigne Patrono. Pon en nuestras manos las trompetas de los levitas, que derriben los muros de la moderna Jericó.

¿Hasta cuándo ha de gemir aprisionado en el Tabernáculo y en el templo el Rey de los Cielos? ¿Hasta cuándo se ha de impedir que venga con la majestad de que es digno á recrear al enfermo y al moribundo?

Tú lo adoraste, abriendo los ojos, desde el féretro que ya cadáver te sostenía. A nosotros se niega aún una gota de agua lustral que nos refresque antes de cerrarse la tumba.

¿Hasta cuándo, oh Pascual, hasta cuándo caerán derribados los muros de la moderna Jericó?

¡Venerables Hermanos! Sea que nos conceda el Señor, como á Josué, pasar este Jordán, sea que la muerte nos sorprenda como á Moisés, acampados en su ribera izquierda, no olvidemos que somos los atalayas de Israel.

Que no enmudezcan las trompetas argentinas de los levitas, ni cesen los gritos de alerta en nuestro campamento. Al eco de sus notas sonoras, nos hemos congregado en derredor del Venerable Pastor de la religiosa Guadalajara. Quiera el cielo que, guiados por él, giremos siete veces en torno á la ciudad de Satán, y penetremos en ella como conquistadores, saltando sobre sus derribadas murallas.

Apresura ese día venturoso, bienaventurado Pascual. Preside las reuniones que hoy inauguramos. Si algo ves torcido, llama fragorosamente á nuestra puerta, como acostumbrabas hacerlo en tu sepulcro. Si caminamos rectamente, háznoslo saber con los suaves golpecillos que solías. Protege al Representante del Augusto Pontífice, que tan dignamente nos acaudilla: inspira á los Prelados, salva al Congreso y al pueblo creyente.

Así sea.



PLÁTICA

DE INTRODUCCIÓN Á LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES, DIRIGIDA AL CLERO

LA NOCHE DEL 10 DE NOVIEMBRE DE 1906.